

**DUELO**

**FALLECIMIENTO DEL DOCTOR MARCO  
AURELIO RISOLÍA**

*Palabras del Presidente de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, Dr. Jorge A. Aja Espil, en el sepelio del Dr. Marco Aurelio Risolía*

En nombre de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas vengo a despedir los restos mortales de un académico ilustre y de un devoto amigo, generoso y caballerezco, que todo esto fue Marco Aurelio Risolía.

Su vida ejemplar y su "cursus honorum" le abrieron las puertas de nuestra Corporación, la que se enriqueció con sus lecciones humanistas indicando el derrotero público y privado del ciudadano modelo que él ambicionaba para su Patria. Así lo expresó en una recordada conferencia en la vieja Universidad de Santa Fé: "El objeto de la educación -decía- es lograr un hombre, en toda la riquísima acepción del vocablo".

Al incorporarse a nuestra Academia, en junio de 1984, disertó sobre el gran tema de la culpa y la responsabilidad, y su íntima vinculación con la moral y el derecho, dos disciplinas que forjan la conducta del ser humano. "El derecho -decía- está sumergido en el orden moral y, a su vez, moral y derecho son apoyos necesarios de la Ciencia Política". No silenció su aflicción por el constante declinar de la responsabilidad individual y la atenuación de la culpa, con lo que inaugura una gran tarea intelectual en el seno de la Academia.

Su prudencia aristotélica lo conduce a mantener incólume los primeros principios, aquellos que se apoyan en la primacía del espíritu, y tan es así para él la culpa es el magno presupuesto del orden moral, del derecho con raíz humana, de la justicia como virtud ejemplificadora.

Permanece viva en nuestra Corporación aquella impetración con que cerraba su magistral conferencia: "Que no se apague en el hombre el sentimiento de culpa, voz que clama en la conciencia para recordarle la ley moral y jurídica y para instarle, si cuadra, al arrepentimiento y a la reparación del daño inferido". Sutilmente, el rigor de su argumentación nos lleva a reflexionar sobre un "pesar" de naturaleza ética, como es el remordimiento, que sólo encuentra respuesta adecuada en el arrepentirse.

Para quien se expresaba con el acento de las profundas convicciones, la última razón de su pensamiento metafísico es el progreso de la condición humana.

Es que su formación moral fue muy estricta, forjada en una familia ejemplar, plena de disciplina ética y cultural, donde nueve hermanos lucieron con luz propia en los comienzos de un siglo incierto que exigía estudio y trabajo. Su tesoro oculto, su amor supremo, fue su hogar con su noble y ejemplar compañera Matilde y sus seis hijos, seis expresiones sagradas de su culto a la familia y a la perfección humana.

En los últimos tiempos percibió con singular entereza, el mal que lo afligía y que anticipaba su adiós definitivo. Empero, se resistía a renunciar a los valores y deberes con los que siempre había vivido. El destino cruel buscó quebrar su brillo vital antes de que el corazón apagara su latido. Pero allí estaba su compañera de toda la vida buscando cubrirlo con la magia de su ilusión consoladora. Así lo ví el último domingo de noviembre en vísperas de la difícil y cruel cirugía.

Nuestra Academia ya no escuchará sus conferencias magistrales ni su palabra persuasiva. No disfrutaremos de su compañía y de su consejo. Pero sí nos queda su labor intelectual y su imborrable lección: hacer de la vida lo que tan pocos hacen.

Al darle aquí un acongojado adiós, pedimos al Señor Misericordioso que escuche esta estrofa que escribiera nuestro Marco Aurelio y que hoy la hacemos nuestra:

Mi Señor de la Cruz suelta tu mano  
y escribe en esta púdica cuartilla  
qué suerte le deparas a mi hermano.

Señor que descanse en Paz, en aquella que no tiene fin.